

"GRACIAS SEÑOR PORQUE ME HAS SALVADO DE LAS MANOS DE LOS MALHECHORES" (Jn.20)

***Homilía de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú,
para el 12º domingo durante el año
(22 de junio de 2008)***

En este domingo la liturgia nos lleva a contemplar los riesgos del Apóstol en su misión de predicar la "palabra", riesgos que los Apóstoles no comprendían, como tampoco comprendían las palabras del Señor "Si me han perseguido, también os perseguirán a vosotros" (Jn.15,20).

El dolor, el sufrimiento y al final la muerte parecieran ser el precio en la tierra de la misión apostólica, el premio vendrá después, el compartir la suerte del Maestro, no solo será un honor sino también la gloria.

La liturgia de la palabra comienza mostrándonos la figura del Profeta Jeremías, tan sufrido a causa de la misión que el Señor le encomendara de llevar la Palabra a un pueblo obstinado. Esto le hacía sufrir pues el era un hombre manso y tranquilo que el solo hecho de pensar en la misión de transformar a través del mensaje al Pueblo lo hacía temblar. Tuvo que afrontar luchas y vejámenes permanentes e interminables y sus lamentos suenan en toda la Escritura..."Oh Señor, a ti he encomendado mi causa", la confianza puesta en Dios y más tarde el ver en Jeremías la figura del Señor sufriente, no solamente nos hace venerar su persona, sino que nos hace comprender el riesgo que comporta la Misión Evangélica.-

La figura de Jeremías puede servir de ejemplo a tantos pastores expuestos hoy también a sufrir duras luchas a causa del evangelio; pero ellos hoy a pesar del sufrimiento tienen el consuelo y el ejemplo de Jesús, en sus sufrimientos, del cual Jeremías es figura.

Al mandar a los Apóstoles a predicar el evangelio, Jesús les anticipó los riesgos a los cuales se exponían: "Os entregarán a sus tribunales y os azotarán en sus sinagogas, y por mí os llevarán ante reyes y gobernadores" (Mt.10,17)

Cuando los apóstoles ven a Jesús arrastrado a los tribunales, abofeteado, coronado de espinas y condenado a muerte y al fin crucificado; entonces comprenderán lo que él les decía como anuncio como así también todas las profecías referidas al "Siervo sufriente".

Y es verdad, cuando llenos del Espíritu Santo, salen a predicar el evangelio y a bautizar por mandato de Jesús en nombre de la Santísima Trinidad, y conocen la persecución y el sufrimiento, ellos sufren, pero saben que están compartiendo la suerte del Maestro y por otra parte saben que el sufrimiento infijido a sus cuerpos, las persecuciones, las burlas, la privación de bienes terrenos y aún la muerte, cuando el corazón está lleno del Espíritu Santo no es de temer. Dice el Señor "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma, temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en el infierno"(Mt.10,28).

Nonos encontramos tantas veces en esta situación? Cuando salimos a predicar la palabra evangélica, no somos tantas veces insultados, calumniados y hasta puestos en prisión?

No tenemos miedo acaso de que esto ocurra y ocultamos nuestra fe y renegamos del mandato del Señor? O acaso no nos es más cómodo ocultar nuestra fe y dejar que el mundo arrase con todos los principios morales, evangélicos y hasta la misma Iglesia a la que pertenecemos? No hay acaso intereses más confortables que el sufrimiento de predicar y testificar al Señor? El martirio que es el acto supremo del amor a Dios, es un deber para todos los cristianos; huir de él significa renegar del Señor y de nuestra fe.

El Señor es el consuelo y el Espíritu el aliento que nos anima a llevar la palabra, vivir los sacramentos y llevarlos a los hombres, testificando al Señor en el seno de la Iglesia. Sabemos que El no nos abandona y que estará con nosotros hasta el fin de los tiempos.

El cuida de todos, no cae la pluma de un pájaro sin su voluntad, cuanto más la vida de los hombres, testigos de la Palabra, y de los que perseveren hasta el fin, Yo declararé por él ante el Padre que está en el Cielo.

Que la virgen Madre llena del Espíritu y testigo de la fe nos anime a llevar la Palabra y convertirnos en testigos de Jesús.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú